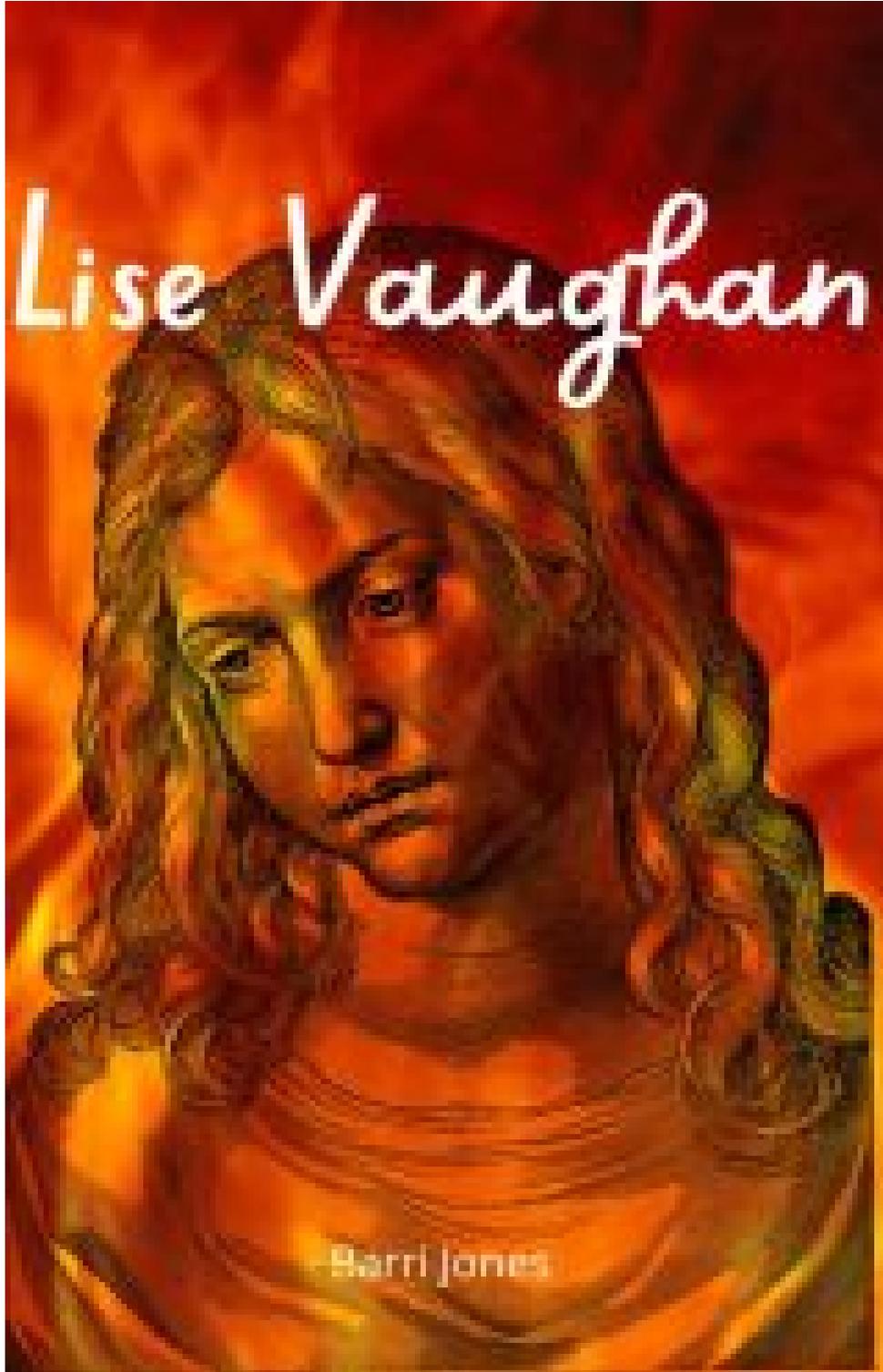


Lise Vaughan

Barri K. Jones



Capítulo 1

Lise Vaughan fue una de mis compañeras cuando era pequeña y vivía en un orfanato, antes de que los Martin me adoptaran. Apenas hablamos; su cama estaba al lado de la mía y todas las noches la escuchaba roncar, babear y murmurar palabras ininteligibles, lo cual no hacía nada más que separarnos aún más y hacernos muy diferentes. Ella era todo lo contrario que yo: era guapa, inteligente, cantaba como los ángeles, tenía un cuerpo que Afrodita envidiaría y se le daba bien todo lo que veíamos en clase. Muchos decían que su madre había sido una guapísima modelo que murió de tuberculosis y su padre era un gran cantante que, días después de dejar a su hija en el orfanato porque era incapaz de cuidar de ella con los pocos recursos que le quedaban, se tiró por la ventana. Aunque esto no eran nada más que cuentos que se inventaba ella, quizá para no aceptar lo que todos los huérfanos se veían obligados a afrontar tarde o temprano: que había un cincuenta por ciento de posibilidades de que sus padres los hubieran abandonado. Yo, a diferencia de Lise, nunca había sido muy agraciada, era muy huesuda y propensa a enfermar, se me daba fatal cualquier cosa que tuviera que ver con retener conocimientos, era tan bajita que todas las niñas del orfanato se reían de mí y me llamaban enana y siempre me escondía en una grieta en la pared en la que solo yo cabía cuando nos tocaba darnos un baño, por lo que mi pelo siempre estaba enmarañado y olía tan mal que durante dos años me pusieron el apodo de "Beatrice la apestosa". Lise era un rayo de sol, siempre sonriente e inventando una y mil historias sobre sus padres que parecían sacadas de un sueño y que siempre hacían que hasta el más pesimista de los niños creyera que sus padres habían hecho algo grande y los habían dejado en ese orfanato por pura necesidad, no por abandono. Yo estaba segura de que mis padres me habían abandonado y lo mismo pasaba con los demás. Nadie se acercaba a mí porque a nadie le gusta la gente pesimista, ya que nadie quiere oír la cruda realidad. Éramos dos polos opuestos, pero, aunque fuera perfectamente capaz de olvidar hasta cómo se hace una suma, nunca olvidaré el día en el que vi morir a Lise Vaughan.

Era de noche. Debían ser las doce o la una (no miré el reloj y, si lo hice, estaba demasiado impactada como para recordar qué hora era). Recuerdo que abrí los ojos lentamente, que los párpados se me caían y tenía la sensación de que en cualquier momento se me cerrarían por completo para volver a sumergirme en el mundo de los sueños. Lo que me había despertado era un sonido que inundaba el orfanato, una melodía lenta, suave, aguda, aunque no demasiado, y tranquila que parecía atraparte con sus brazos para no dejarte escapar, como si la profiriera la criatura más frágil y delicada que hay sobre la faz de la Tierra. Estaba segura de que el canto de una sirena sonaba igual. Sin embargo, tardé unos segundos en darme cuenta de una cosa: ese canto angelical había sido

sustituido por los ronquidos de Lise.

Me incorporé lentamente, sintiendo cómo una parte de mí se olía algo malo y la otra estaba demasiado cansada para investigar y solo quería meterse en la cama hasta que saliera el sol. Sin embargo, la curiosidad ganó al cansancio y de repente me sentí con energía para parar a todo un ejército.

Agudicé la vista y pude distinguir, ante mí, miles de estelas azuladas que bailaban alrededor de las camas de las huérfanas como ese incienso que siempre me hacía toser cuando iba a la iglesia. Me volví hacia la cama de Lise y observé que estaba vacía. Inmediatamente, me dio por observar el pasillo que había entre las dos filas de camas de los dormitorios y distinguí la silueta de Lise, vestida con ese horroroso camisón de encaje que nos obligaban a llevar por la noche, y sosteniendo una lámpara de aceite. Ese extraño humo azulado y fantasmal parecía guiarle a través del corredor y el sonido de sus pasos era ahogado por el canto angelical de las voces.

Me levanté de un salto de la cama, no me molesté en ponerme los zapatos y, al atravesar la estela de humo azulado que cubría mi lecho, un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Antes de que Lise se fuera, llevándose consigo la lámpara, que era la única iluminación de la que disponíamos en ese orfanato oscuro (bueno, también estaba la luz azulada que desprendía la estela de humo azul, pero, si la hubiera utilizado como guía, le habría perdido la pista a mi compañera y me daba miedo quedarme sola en un lugar oscuro rodeada de nubes que desprendían un fulgor azulado), me apresuré a seguirla.

-Lise- la llamé cuando ya habíamos salido de los dormitorios y ella se dirigía al salón donde el director del orfanato conversaba con los futuros padres. Sin embargo, no recibí respuesta, y me empecé a asustar, a desear que todo fuera una pesadilla, cuando me di cuenta de que la estela azul rodeaba todo el pasillo y Lise parecía seguir el recorrido que marcaba hasta el salón de té, como si estuviera poseída-. Lise, por favor- me sorprendí al oír mi voz, tanto que pensé que había alguien más en la estancia y esa persona era quien acababa de pronunciar esas palabras. Estaba muy asustada, por primera vez en mi vida – Lise, esto no me gusta... ¡Lise!

La así del brazo con fuerza para hacer que se volviera hacia mí.

-¡Ah!- grité. Cuando posé la mano sobre la tela de su camisón, sentí que mil brasas candentes me consumían la piel y, rápidamente, aparté la mano para después observar que la piel de mi palma, antes pálida, ahora se tornaba roja. Fue como cuando, de pequeña, estaba haciendo mi trabajo en la cocina (como le toca a todas las niñas cuando cumplen los siete años), me tropecé, y, cuando intenté apoyarme para no caer, mi mano se posó sobre el fuego encendido y me la hubiera quemado si no

hubiese sido rápida.

Después de quedarme observando la palma de mi mano durante un rato, alcé la vista y observé cómo a mi alrededor y el de Lise se arremolinaba una nube oscura como el incienso. Diminutas llamas de fuego fatuo iluminaban con su resplandor azulado la estancia y parecían ser el único rastro de luz que quedaba y no había sido sepultado por aquella nube de humo negro. Aquel canto angelical resonaba en las paredes de la sala y, no solo por el eco, sino por una especie de sensación que me embargaba, parecía haber cobrado más fuerza. Además, de alguna forma misteriosa, la lámpara de aceite que ella antes portaba había desaparecido. Me sentía mal, desorientada, y solo quería volver a mi cama para entregarme a los brazos benignos del espíritu del sueño, fundirme con mi colchón lleno de bultos y no querer volver a despertar. Sin embargo, no sabía dónde se encontraba la puerta, ni si esa seguía siendo la habitación en la que nos encontrábamos cuando escruté la palma de mi mano para ver el alcance de mi quemadura.

Miré a Lise, horrorizada, y observé que ahora se encontraba a unos tres metros de mí. Entonces me di cuenta de que ella estaba más centrada en mirar hacia otro lugar, hacia la puerta que teníamos a nuestro lado y yo no recordaba haber visto en mi vida, como si hubiera aparecido de la nada. En el marco de la puerta, devolviéndole la mirada, se encontraba una mujer. Era ella quien profería el canto de sirena que parecía haber hechizado a mi compañera y hacía unos segundos me había despertado. Tenía el pelo largo, de color castaño claro, los ojos grandes y de color azul marino y un vestido negro como la noche que parecía estar compuesto por millones de telarañas putrefactas que la envolvían como si fuera una tela de seda. Resultaba atractiva, como Lise, y tenía los mismos rasgos delicados propios de una muñeca de porcelana. Sin embargo, su silueta era algo borrosa, confusa, como si se estuviera reflejando en las aguas de un lago.

La mujer dio un paso hacia ella lentamente, como si tuviera miedo de que el suelo se quebrara. Parecía tan asustada como lo estábamos yo y mi compañera del orfanato, y yo tenía la sensación de que en cualquier momento me despertaría sobre mi cama, empapada en sudor. La mujer siguió caminando, igual de despacio. Las sombras se habían apartado en el espacio que la separaban a ella de Lise, como si quisieran formar una pasarela que las uniera. Yo me quedé donde estaba, como una sombra más, mientras en mis oídos resonaban los sonoros latidos de mi corazón al borde del infarto o la taquicardia (si es que no tenía ya), marcando el compás de la melodía que cantaba ella. Entonces, cuando ambas se encontraron, se abrazaron y la señora calló. Ambas se convirtieron en la misma silueta borrosa y confusa cual reflejo sobre el agua. Me pareció oír que la mujer susurraba: "Bienvenida a casa, hija" mientras tanto Lise como la señora eran envueltas por las sombras que las rodeaban y parecían fundirse con ellas y los fuegos fatuos se apagaban como velas al

recibir una ráfaga de viento. Todo se volvió negro como un sueño profundo y tranquilo en el que solo existe la oscuridad.

Al día siguiente, cuando me desperté, nadie recordaba quién era Lise Vaughan.